

Recorre el continente difundiendo el trabajo de una ONG 50 mil kilómetros abrazando Aldeas

Doctor en Química e investigador del CoNICET, en 2007, Damián López inició una travesía. Ahorró durante ocho años para poder recorrer el continente americano, pedaleando. El plan era de dos años, pero se extendió cuando visitó una Aldea Infantil, el trabajo de Aldeas SOS, una organización no gubernamental que provee hogares a niños en situaciones de riesgo.

DEPORTES

| Viernes 4 de Marzo de 2011



El 4 de junio de 2007, Damián López partió con Maira desde Anchorage, Alaska. El plan inicial era recorrer 35 mil kilómetros a través del continente americano en un período de dos años.

“Esto no es una locura de un día para el otro. Esto es algo que lo fui madurando durante mucho tiempo, fue un sueño que tuve durante muchos años. Como una hormiguita fui juntando las cosas necesarias para hacer el viaje”, aseveró el ciclista, doctor en Química e investigador del

CoNICET, Damián López a La Opinión Austral.

“Me llevó ocho años. Yo vivo en Argentina, trabajaba en Argentina. Me costaba mucho ahorrar y comprar el equipo necesario, entonces fue un proceso muy largo, muy meditado, dejé muchas cosas de lado, hice muchos sacrificios para tener la bicicleta (Maira), el equipo para viajar y el presupuesto mínimo necesario para sobrevivir en el camino”.

Anteriormente, ya se había embarcado en travesías similares, pero nunca en una tan extensa e impredecible como la que desde hace cuatro años lo mantiene pedaleando y alejado de lo que tradicionalmente sería ‘una vida normal’.

“Al momento de empezar el viaje, en 2007, ya llevaba 10 viajes anteriores, cortos en relación a este. Cada vez que tenía vacaciones me iba a recorrer algún punto de Argentina, Chile, Brasil, Bolivia, esos viajes me dieron la experiencia previa. La experiencia que tenía me enseñó lo que era viajar en bicicleta. No fue un descubrimiento subirme a la bici y ver cómo era el mundo desde los pedales, ya lo conocía”.

Señala que “la bicicleta es un medio de transporte único, te permite ver todo, no sólo lo bueno, sino también lo no tan bueno que hay en el camino. Te encontrás con realidades muy difíciles, pobreza, necesidad. Te chocás con cosas muy duras mientras vas viajando y al mismo tiempo, te encontrás con una cadena solidaria de gente increíble que siempre te va dando una mano. Es increíble cómo en cada lugar donde llegás, como acá los muchachos de la Asociación de Ciclismo, en cada lugar por el que vas pasando hay alguien que te da un vaso de agua, que te ofrece un techo, un plato de comida, lo que sea”.

Atrapado en el sistema

Luego de ocho años de ahorrar y reflexionar, era hora de decidir.

“Llegó el 2007 y ahí tuve que tomar la decisión o quedaba atrapado en el sistema y entraba a investigar en el CONICET, cargo docente o dejaba todo de lado y empezaba este proyecto”.



“Al momento de arrancar esta travesía, con todo lo que ya llevaba a cuestas me parecía que el viaje tenía que tener un sentido extra, además del viaje en sí. Sabía que iba a ganar mucho en esta travesía, iba a recibir mucho de la gente ¿Cómo lo devuelvo? Ahí empezó esta faceta social”.

Abrazando Aldeas

Aldeas Infantiles SOS nació en 1949 y actualmente, en 132 países, da “una segunda oportunidad para tener una

infancia digna”, señala el ciclista.

“Es una ONG internacional que trabaja para chicos sin familia, chicos en situación de riesgo social o vulnerabilidad. En Argentina hay cuatro: una en Córdoba, una en Oberá en la provincia de Misiones, una en Luján y una en Mar del Plata”, señala.

“Es un conjunto de casas donde en cada casa se constituye un nuevo hogar. Hay una señora que trabaja como mamá, que se llama mamá social o mamá SOS, que se hace cargo de hasta 10 chicos. Una vez que el niño entra a la aldea, se queda ahí hasta la mayoría de edad. No sólo recibe todo lo que necesita: educación, comida, techo, sino sobre todo recupera el entorno familiar. Esta señora pasa a ser su mamá, los chicos en esta casa pasan a ser sus hermanitos. Tienen autonomía para elegir a qué escuela ir, elegir su religión. Es como una casa, lisa y llanamente. Es un proyecto muy interesante y a largo plazo”.

López emprendió una travesía de dos años, pero en el camino se sintió exigido y ahora su viaje se extendería en kilómetros, y por ende en tiempo, con el único objetivo de reafirmar su misión.

“Inicialmente hacía promoción a través de prensa y a través de la página web, después empecé a visitar las aldeas. Cuando crucé a México, en Tijuana visité la primera Aldea Infantil y a lo largo de toda América, visité 33 aldeas”.

“Esta fue la causa que yo abracé en mi viaje. A lo largo del recorrido fui visitando aldeas infantiles y el hecho de poder estar con los chicos, intercambiar experiencias con ellos, aprender de sus experiencias fue lo que me hizo decidir extender el viaje. Mi viaje iba a ser de dos años y ahí me di cuenta que necesitaba más tiempo para poder hacer las visitas como correspondía. Decidí extenderlo inicialmente por un año, se me fue de las manos y terminé con casi dos años más de lo que yo pensaba, pero eso me permitió recorrer todos los países de Sudamérica, estuve en todos los países donde Aldeas Infantiles tiene presencia, visité aldeas por todos los países por los que pedaleé, tuve la oportunidad de recorrer todas las aldeas que hay en nuestro país. Ha sido una experiencia que superó todas mis expectativas”.

“El verdadero motor, el verdadero motivo ha sido siempre la causa por los chicos”, sentencia.

Respecto a su colaboración con Aldeas SOS, el ciclista aclara que “no recibo donaciones en mano para ellos. Lo que hago es ser un nexo de comunicación entre la gente y la organización, entonces los derivo a las páginas de Aldeas Infantiles en cada uno de los países por los que he ido pedaleando, para que ingresen al sitio (www.aldeasinfantiles.org.ar) y ahí encuentren todos los mecanismos para ayudar”.

Desarmado

Lo más gratificante de cuatro años de pedaleo, asegura, son “todos los chicos. Realmente todos estos chicos vienen de situaciones tan difíciles que el amor que transmiten es muy puro y muy transparente,

eso te desarma completamente. Cada vez que llegué a una Aldea Infantil fue como llegar a mi casa y el hecho de estar en contacto con estos chicos fue lo que me dio energías para seguir hacia la próxima. Realmente fue increíble”.

“El caso que más resaltaría es el caso de la visita a la Aldea Florida Blanca, en Colombia, que justamente fue donde tuve ese clic mental gracias a la carta de una niña, Nubia, que en ese momento tenía nueve años. Me hizo una cartita donde me decía que estaba muy contenta de conocerme, muy feliz de la visita, pero que se sentía muy triste porque yo ya me tenía que ir, que por qué no me podía quedar un día más”.

“Les explicaba: ‘tengo que llegar a Ushuaia antes que sea invierno’. En Colombia el invierno es simplemente lluvia, no hay invierno como acá con nieve, con frío, entonces me encontré en esa situación extraña de tener que explicarle a un niño por qué yo estaba apurado, que sino no llegaba al final del continente a tiempo, entonces dije ‘no, esto hay que hacerlo de otra manera”.

“Trabajé ocho años para hacer este viaje. No puedo hacerlo a las corridas. Ahí fue que hice ese clic. Decidí cambiar mi recorrido. Incorporé Ecuador, Uruguay, Paraguay, que eran países que no estaban el recorrido original, todo por el objetivo de promover el trabajo de Aldeas Infantiles”.



Regresar, cuatro años más tarde

A poco de terminar su extenso recorrido, en Bahía Lapataia, Ushuaia, el marplatense sostiene que “no hay nada más lindo o más feo, esto es una suma de pequeñas experiencias que hacen al viaje. Uno puede destacar en cada lugar que va pasando, cosas lindas y cosas no tan lindas. Lo más duro fue transitar por Centroamérica, donde realmente el nivel de pobreza y necesidad es muy grande y uno lo absorbe”.

“Ahora vuelvo en menos 10 en lo que respecta a lo material, pero lo que he cosechado en experiencia en estos cuatro años no tiene precio. La interacción humana ha sido tan fuerte que te cambia mucho. Arranqué siendo una persona en el 2007, ya soy otra y cuando termine voy a ser otra”.

El ciclista afirma que jamás pensó en abandonar su compromiso y señala que “si todo va bien, espero llegar para la semana de Pascuas a Mar del Plata a la aldea infantil de mi ciudad, que es donde cerraría el viaje”.

Sobre cómo imagina su vida ya de regreso en Mar del Plata, Damián López manifiesta que “increíblemente distinta a lo que era antes. Antes trabajaba en la universidad como investigador, como docente, creo que eso es un capítulo cerrado. Es muy difícil volver a lo que hacía antes con todo lo que he vivido y con todos los nuevos horizontes que se van abriendo a partir de una experiencia tan fuerte como esta. Habrá que ver cuando llegue a Mar del Plata con qué realidad me encuentro luego de casi cuatro años de ausencia y en función de eso, decidir el nuevo camino”.